



*No fue una vida desperdiciada, como pareció inicialmente a su familia y a casi todos sus contemporáneos. Lo habría sido si no hubiera escuchado los requerimientos de Dios*

**Juan Ciudad Duarte**, el futuro **San Juan de Dios**, había nacido en el seno de una familia modesta y quedó huérfano muy joven. En 1517, cuando tenía veintidós años, entró en la milicia y participó en varias batallas con **Carlos V**. La experiencia fue un tanto desastrosa, pues por una grave negligencia estuvo condenado a la horca y se salvó de puro milagro. Participó también en la defensa de Viena contra los turcos. Después de diversas peripecias, retomó su oficio de pastor y leñador, luego fue albañil y finalmente librero, profesión que empezó a ejercer en Granada, en un puesto en la calle Elvira.

El 20 de enero de 1539 escuchó la predicación de **San Juan de Ávila** en el Campo de los Mártires, cerca de la Alhambra. Su corazón quedó muy tocado. Aquellas palabras "se le fijaron en las entrañas". Se llenó de deseos de cambiar de vida, de enmendar la trayectoria que hasta entonces había llevado. Su conversión fue tan rotunda que repartió todas sus propiedades entre los pobres y se dispuso a llevar una vida de total austeridad. Lo tomaron por loco. Cuando quiso darse cuenta, le habían ingresado en el Hospital Real de Granada, en un ala destinada a los enfermos mentales. Allí, siente en sus propias carnes

el duro tratamiento que se da a estos enfermos y se rebela al verlos sufrir de aquella manera.

De su experiencia en aquel manicomio surge la dedicación de Juan hacia quienes desde entonces serán para él sus hermanos: "Que Jesucristo me traiga a tiempo y me dé gracia para que yo tenga un hospital, donde pueda recoger a los pobres desamparados y faltos de juicio, y servirles como yo deseo". En 1540 alquila una casa vieja en Granada para recibir a cualquier enfermo, mendigo, loco, anciano, huérfano o desamparado. Durante todo el día atiende a cada uno con el más exquisito cariño, haciendo de enfermero, cocinero, padre, amigo y hermano de todos. Por la noche, va por las calles pidiendo limosnas para sus pobres.

Al principio sabía poco de medicina, pero tenía gran éxito atendiendo enfermos mentales. Comprobó que necesitaban cariño y atención como requisito previo para poder curarse. Había que curar primero el alma para obtener luego la curación del cuerpo. Más tarde, reunió un grupo de compañeros y fundó con ellos una congregación. En enero de 1550, tratando de salvar a un joven que se estaba ahogando en el río Genil, enfermó gravemente y murió. El que había sido considerado un loco, fue acompañado al cementerio por el obispo, las autoridades civiles y todo el pueblo de Granada, como un santo. Enseguida muchos milagros se atribuyeron a su intercesión. Pronto fue canonizado, y su congregación, los Hospitalarios de San Juan de Dios, atiende hoy más de doscientos hospitales en los cinco continentes.

### **-¿Crees entonces que los santos tardan siempre en ser comprendidos?**

Solo el transcurso del tiempo ilumina con auténtica luz la vida de las personas. A lo largo de la historia, han sido muchas las aventuras de santidad que han sido consideradas por la gente de su tiempo como locuras, iluminaciones, comeduras de coco o ingenuidades agudas. Muchos santos han pasado inadvertidos a su época y han sido descubiertos mucho tiempo después. A los ojos del siglo XIII, **San Francisco de Asís** fue un exaltado. Y los compañeros de siglo de **Santa Teresa de Ávila** veían en ella una monja inquieta y un poco loca. También de **San Juan Bosco** se dijo que estaba loco, y en 1845 la murmuración llegó a tal punto que dos teólogos amigos suyos, **Vincenzo Ponzati** y **Luigi Nasi**, estaban tan convencidos de que estaba trastornado que, llevados por la caridad hacia él, intentaron encerrarle en un manicomio. En aquella ocasión, el intento tuvo visos un tanto cómicos: "Me di cuenta entonces de su juego -escribiría Don Bosco tiempo después- y, sin darme por enterado, les acompañé hasta el carruaje. Insistí en que entraran ellos primero a tomar asiento. Y cuando lo hicieron, cerré de golpe la portezuela y grité al cochero: "¡De prisa! ¡Al galope! ¡Al manicomio, donde esperan a estos dos

curas!". "

**-Afortunadamente, en nuestra época ya no te toman por loco ni te encierran por querer entregarte a Dios.**

Ya no es muy habitual, gracias a Dios, pero tampoco ha dejado de suceder del todo. En estas últimas décadas, por ejemplo, ha habido bastantes casos de chicos o chicas jóvenes que han sido sometidos a atropellos semejantes por parte de sus familiares. Basta con considerar "sectas" a las instituciones de la Iglesia a las que esos jóvenes desean incorporarse, y asegurar después que esos chicos o chicas en realidad no obran libremente, sino que sus deseos se deben a depuradas "técnicas de manipulación mental" por parte de la "secta", para concluir que, por tanto, deben ser sometidos a "procesos de desprogramación" -contra la voluntad del "adepto", por supuesto-, a cargo del correspondiente equipo de "expertos antisectas", que someten al "pobre iluminado" a técnicas de laminación psicológica de las que sí podría decirse sin lugar a dudas que son realmente de manipulación mental.

**-Pero las sectas existen realmente y son un peligro.**

Es cierto que existen, y algunas son realmente muy destructivas, y es preciso actuar contra ellas de forma honesta, legal y contundente. Pero no han faltado quienes han querido con este motivo confundir las cosas, y considerar sectas a las instituciones católicas que les resultan antipáticas o que no coinciden con su modo de pensar.

Tanto el argumento como el modo de trabajar es bastante antiguo. Ante fenómenos incomprensibles para la mentalidad de la época, con frecuencia se ha recurrido a poderes ocultos como explicación, y a la violencia para combatirlos. En la Edad Media, y hasta hace menos tiempo de lo que parece, se hablaba de encantamientos, hechizos y brujerías. Bien entrado el siglo XX, en los años sesenta y setenta, se empieza a utilizar la expresión "lavado de cerebro", acuñada por el periodista británico Edward Hunter para referirse al tratamiento recibido por los prisioneros norteamericanos de la guerra de Corea. En los años ochenta, con el auge de la era de la informática, se pasó a hablar de fenómenos de "programación" de jóvenes que, a su vez, debían contrarrestarse con "técnicas de desprogramación". Tras una serie de duros reveses, tanto en los resultados personales como en el intento de sustentar científicamente esas teorías, se empezaron a usar terminologías menos comprometidas, como "técnicas de control mental" u otras semejantes. Su apoyo científico ha sido siempre bastante precario. Cuando en 1987 la American Psychological Association (APA), se interesó por el tema y estudió el informe de un equipo dirigido por la principal defensora del empleo de esas técnicas, Margaret Singer,

su dictamen no pudo ser más contundente, por la falta de rigor científico y de aparato crítico en todas esas técnicas y teorías.

**-De todas formas, parece que todo esto ha ido bastante a menos últimamente.**

Cada vez sucede menos, afortunadamente, porque la justicia ha puesto al descubierto que las auténticas manipulaciones mentales eran las que empleaban esos sujetos.

Hoy día, es verdad, pocos llegan a extremos tan penosos, pero lo que siempre permanece es el peso del "qué dirán" a la hora de entregarse a Dios. Para muchos, es una locura frente al modo en que ellos se plantean la vida. Y su actitud es a veces tan cerrada, que hacen muy difícil seguir el propio camino sin tener que pasar por situaciones verdaderamente desagradables.

Pero, en fin, si San Juan de Dios hubiera querido ser siempre complaciente con el ambiente que le rodeaba, no habría llegado a ser santo, ni habría sido posible el gran servicio a los enfermos que su impulso personal ha producido a lo largo de los siglos. Y lo mismo puede decirse de San Juan Bosco, o de toda una multitud de santos, conocidos o desconocidos, a la largo de la historia.

**-Pero nuestra época presume de ser enormemente respetuosa y tolerante con cualquier modo de vida que cada uno quiera seguir.**

Es cierto, y por eso hemos mejorado un poco en libertad en este punto, pero hay ocasiones en que los hechos demuestran que esa tolerancia es aún solo aparente, pues queda limitada a lo que el ambiente general aprueba.

C. S. Lewis, en sus "Cartas del diablo a su sobrino", habla sobre este fenómeno, que atribuye a un sólido triunfo del diablo, hábilmente aliado con la estupidez humana. Una persona puede sentirse atraída por un determinado tipo de vida, y desear entregarse a Dios en servicio a los demás, pero el tentador siempre se las ingenia para "sustituir los gustos y las aversiones auténticas de un humano por los patrones mundanos, o la convención, o la moda. Yo llevaría esto muy lejos -aconseja el diablo veterano-, porque el hombre que verdadera y desinteresadamente disfruta de algo, sin importarle lo que digan los demás, está protegido, por eso mismo, contra algunos de nuestros métodos infernales de ataque más sutiles. Debes tratar de hacer siempre que abandone la gente, la ropa o los libros que le gustan de verdad, y que los sustituya por la gente "popular", la ropa que "se lleva" o los libros que "se leen"."

Hasta de las actitudes más penosas puede llegar a hacerse una moda. Es cuestión de ridiculizar con un poco de ingenio la actitud contraria. Si un hombre deja, simplemente, que los demás paguen por él, es un tacaño; pero si bromea con ello, puede tener la habilidad de pasar por un tipo gracioso. La mera cobardía es vergonzosa; pero una cobardía de la que se presume con exageraciones, puede hacernos pasar por un antihéroe práctico y divertido. Hay detalles de egoísmo que pueden hacerse no solo sin la desaprobación de la gente, sino incluso con su admiración, simplemente ridiculizando los correspondientes actos de generosidad, logrando que lo egoísta sea "lo inteligente", "lo que se lleve". La entrega a Dios es un acto de generosidad personal que debería ser valorado muy positivamente, salvo que, con un poco de habilidad, se logre dar la vuelta al planteamiento y se presente como una opción ingenua, ridícula o sospechosa.

***-Pues para una persona que ha entregado su vida en servicio de Dios y de los demás, percibir esa actitud debe ser bastante ingrato.***

Lo es, aunque afortunadamente esa entrega no está basada en el aplauso o el agradecimiento de la gente. Al final, lo que cuenta es la valentía para oponerse al ímpetu de los tópicos de moda, que a veces son notablemente agresivos. Muchos critican simplemente porque los demás critican, y de la misma manera que los demás critican, sin molestarse apenas en conocer las cosas más de cerca. Pero si cedemos a los dictados de "lo que se debe pensar", para así merecer la aprobación del ambiente general, entonces no podremos evitar que muchas veces la verdad o la justicia sean pisoteadas por culpa de nuestro miedo a la prepotencia de la mentalidad dominante.

***-¿Piensas entonces que la mayoría de las veces la gente no valora lo que supone la entrega a Dios, y les parece el desperdicio de una vida?***

Pienso que la mayoría de la gente respeta y valora mucho la entrega de una persona a cualquier ideal. Pero eso no quita que haya algunos que lo vean como malograr o desaprovechar una vida. Les parece lógico que una persona guapa e inteligente entregue la vida a otra en el matrimonio, o a un proyecto profesional, o a la práctica de un deporte, pero les parece una lástima que se entregue a Dios y a los demás.

Ha pasado siempre. Por ejemplo, San Alfonso María de Ligorio era un abogado napolitano brillantísimo, hijo del Marqués de Ligorio y con un porvenir muy prometedor. Tenía dos doctorados, dominaba varios idiomas, sabía música y era un enamorado de las artes. Se le daba muy bien la vida de relación política y como abogado obtenía resonantes éxitos, pues durante ocho años nunca perdió ningún caso.

En el año 1723 participó en un pleito famoso entre el Doctor Orsini y el Duque de Toscana. Alfonso María defendía al Doctor Orsini, y su exposición fue brillante, contundente y sumamente aplaudida. Creía haber obtenido el triunfo para su defendido. Pero apenas terminada su intervención, se le acerca el defensor de la parte contraria, le entrega un papel y le dice: "Todo lo que nos ha dicho con tanta elocuencia cae por su base con este documento". Alfonso María lo lee, se dirige al tribunal y exclama: "Señores, me he equivocado".

A partir de ahí comienza una fuerte crisis interior. Comprende que, como en aquella ocasión, muchas veces se emplea el propio talento en causas equivocadas, y piensa que Dios le envía esa humillación para quebrar su orgullo y buscar un sentido más alto a su vida. Dedicó tiempo a visitar enfermos, y un día en un hospital de incurables ve con claridad que su camino es dedicar la vida a servir a los demás. Tuvo que sostener una fuerte lucha con su padre, que cifraba en él toda la esperanza del futuro de su familia. "Alfonso mío -le decía llorando-, ¿cómo vas a dejar tu familia?".

Finalmente, en 1726, a los treinta años, se ordena sacerdote y desde entonces se dedica a las gentes de los barrios más pobres de Nápoles y de otras ciudades. Reúne a los niños y a la gente humilde y les enseña catecismo al aire libre. Su padre, que gozaba oyendo sus discursos de abogado, ahora no quiere ir a escuchar sus sencillos sermones de sacerdote. Pero un día entra por curiosidad a escuchar una de sus pláticas y queda emocionado: "Este hijo mío me ha hecho conocer a Dios".

Con el tiempo, en 1752, funda la Congregación del Santísimo Redentor, más conocida como los Padres Redentoristas, que se dedican a recorrer pueblos y ciudades predicando el Evangelio. Al morir, en 1787, deja escritos más de cien libros, que se han traducido a todas las lenguas, y hoy es considerado como uno de los grandes santos, Doctor de la Iglesia, y su congregación está extendida por todo el mundo.

No fue una vida desperdiciada, como pareció inicialmente a su familia y a casi todos sus contemporáneos. Lo habría sido si no hubiera escuchado los requerimientos de Dios.

**Alfonso Aguiló, en [interrogantes.net](http://interrogantes.net).**